

## Luces nocturnas

Acerca del libro  
*Todas las noches escribo algo*  
Escritos reunidos 1953-2000  
De Carlos Correas  
Mansalva 2021

Se puede comenzar a leer estos escritos de Carlos Correas reunidos por Quiroga y Barea por la contratapa, en la que Edgardo Scott destaca que Correas fue revalidando y expandiendo una y otra vez sus lectores a partir de su muerte. Quizá se puede hacer un pequeño agregado a esa afirmación, que se encuentra en lo que el mismo Scott destaca, que es la importancia de su libro *La operación Masotta*. Y ello se fundamenta en la producción misma de Correas a partir de la publicación del libro señalado, que se revela en los artículos aquí recopilados, pues la mayoría de ellos comprenden al período posterior al año 1991, que transformó a Correas en el escritor de culto y clásico a la vez, como destaca Scott. Bastaría tomar en cuenta la última parte del libro, Correas frente al grabador, que comprende una tercera parte del libro, y en particular ese extenso y notable reportaje que le realizan en la revista el Ojo Mocho (como casi todos los de esa publicación), que es del año 1996. Allí, además de la afirmación que da lugar al título del libro, encontramos una extraordinaria descripción de lo que han podido ser en nuestro país los avatares de un escritor y profesor universitario que tuvo que desarrollar su actividad en la Argentina comprendida entre el comienzo de los años 50 y fines de los noventa, como bien destacó en su momento Edgardo Cozarinsky al referirse a publicaciones de su amigo desconocido, como *La operación Masotta* o “La narración de la historia”, en Correas damos con “una vida de intelectual que parece profundamente, dolorosamente argentina”. En esa parte final del libro pueden leerse las incertidumbres de un escritor que le ha tocado padecer la censura de su escritura y un profesor expulsado de la docencia.

Pero también pueden leerse de primera mano, las vicisitudes amorosas de quien hizo de la homosexualidad una forma del mal siguiendo a Genet, una práctica “maligna frente al mundo burgués”. Y al mismo tiempo convirtió al matrimonio heterosexual en un giro de su “maldad” y su “yirar callejero”. Al tiempo que habla de él, no deja de hacerlo sobre quienes fueron sus dos amigos de juventud, Masotta y Sebrelí, que tuvieron suerte dispar, sobre todo con el tema de la enseñanza particular, y en el ámbito cultural argentino. Y con cada uno de ellos viviría diferentes experiencias, la amistad en un caso, el amor en el otro.

Las descripciones de las peripecias llevan a interrogar quién escribió la contratapa de aquella operación (¿fue Correas? O al menos ¿contó con su aprobación?); pues en el paratexto como se lo llama, se dice que sus características han “debido ocasionar una obra publicada asimismo predestinada, pero muy especialmente escasa”. Pues resulta que ya existían varios trabajos anteriores, como el trabajo sobre Kafka y su cuento censurado, “La narración de la historia” y tanto otros artículos, aunque luego de aquella publicación se producen otros importantes trabajos, como *Ensayos de tolerancia*, el libro *Arlt literato*, la reaparición de su novela *Los jóvenes* y numerosos artículos en la revista *el Ojo Mocho* y el libro sobre *El deseo en Hegel y Sartre*. Aunque de todos

modos esa producción no alcanzaría para modificar esa “vida intelectual dolorosa y profundamente argentina”.

Por cierto no se trata de las peripecias de cualquier escritor o profesor, como él se describe, sino de alguien atravesado por la lectura de Sartre a comienzos de los años cincuenta y el pasaje luego, a la lectura rigurosa de un filósofo alemán como Emanuel Kant. De la “mala fe” sartreana al imperativo moral kantiano. Todo ello matizado con el pasaje por la literatura con autores como Kafka, de quien se encargó de realizar el prólogo a la *Carta al padre*, pasando por un escrito sobre Borges, y también Roberto Arlt, a quien le dedicó un excelente libro, que fue publicado en el año 1996, aunque si leemos los reportajes presentes en este libro entenderemos que era un trabajo que estaba realizado con anterioridad. Pero las fechas no dejan de tener su importancia, por lo que no se puede dejar de resaltar aquella posterior a su “ajuste de cuentas” con Masotta. Fue en el libro de culto, donde no falta la alusión al fracaso de la muerte, que hizo saber que el también como su amigo, aunque más anacrónico, había escrito un libro sobre Roberto Arlt de 450 páginas tamaño oficio, trabajo que había realizado durante el tiempo de la dictadura y que había sido rechazado por seis editoriales hasta el día en que estaba escribiendo eso (1990). Se entiende entonces su agradecimiento a Germán García en su libro sobre Arlt una vez publicado en la editorial Atuel, “como prueba de reconocimiento y de cariño”, pues fue quien lo había acercado a la editorial para gestionar su publicación. O sea, pudo ver la luz veinte años más tarde de esa escritura que había comenzado en el año 1977. Y por cierto, fue también quien había conectado a Correas con la editorial Catálogos para la publicación de su operación masottiana.

En otro de los reportajes presentes en estos escritos reunidos, realizado por Jorge Quiroga, comenta que somos cada uno de los personajes que están caracterizados en Arlt, “o bien nos alcanza la sagrada esterilidad del escritor fracasado o somos algunas de las fieras que es el mito más bello y potente creado por Arlt”. Y será en ese trabajo sobre Arlt que puede leerse un apartado sobre “El juguete rabioso y mi suicidio”, donde al considerar el fracaso de Astier y el suicidio de Erdosain, lanza una afirmación que impacta: “el ‘escritor fracasado’ no tiene sino que suicidarse”.

Y es que como se señaló, no se trataba de cualquier profesor sino de alguien que se caracterizó como un “escritor desintegrado”, que dejado cesante en la Facultad de la Universidad de Buenos Aires tuvo que dedicarse a hacer prólogos y traducciones para sobrevivir. Y traducciones que como él mismo destaca, siempre han estado mal pagas, salvo excepciones que no lo comprendían a él. Y al que le rechazaron la publicación de ese excelente texto sobre Arlt. Puede decirse que se ha tratado en Correas de un personaje propiamente psicoanalítico, a pesar de sus reservas con el psicoanálisis, o seguramente propio del existencialismo puesto en acto, en tanto no es la supuesta bondad humana lo que prima, como si se hablara de Rousseau, sino cierta malicia que siempre se destaca del lado de los mortales. Como bien se señala en el prólogo, Correas no deja de equiparar la alevosía en los gestos de Masotta con la malignidad de Kafka.

Fue en aquellos comienzos de los años cincuenta que Correas escribiría una carta a Juan José Sebreli ponderando un artículo de su autoría, en la que le hacía saber que “Pensar todo esto en soledad es muy desagradable y además uno nunca está seguro de nada” y aunque Germán García no conociera esas afirmaciones, escribió sobre “Las soledades de un escritor” tomando en cuenta la lectura de “La narración de la historia” donde se hacía saber sobre un escritor duro “que puede desviarse hacia otra parte tal vez para siempre”.

Sobre el final, dentro del extenso reportaje, damos con el estilo de Correas que ya se ha podido apreciar en su *Ensayos de tolerancia*, en la ocasión la emprende con los filósofos del lenguaje como Russell y compañía por estar siempre preocupados por el lector a diferencia de Hegel quien era más contundente y conciso, y partidario de lo absoluto, a diferencia de aquellos siempre balbuceando en el estilo “y espero que mi lector” o “confío que” o “que mi lector no considere”. Curiosamente, aquello que él criticaba de esos filósofos es lo que se puede observar al leer el final de dos de sus obras importantes como *La operación Masotta* y su ensayo sobre Arlt. En aquel se puede leer en el final “Por eso usted lector, habrá de desear conmigo que este libro no sea únicamente otra forma de...” mientras que en el libro de Arlt finaliza también aludiendo al lector, aunque quizá allí use en mayor medida el estilo absoluto de Hegel que le reclama a los filósofos del lenguaje.

No falta la ironía ni el humor en estos escritos reunidos. El uso elegante de la ironía por Correas es conocida para aquellos que han podido leer el libro de culto, pero para quienes no lo hayan hecho podrán encontrar ese estilo en estos escritos reunidos, en los comentarios sobre ciertos personajes de la televisión como Mariano Grondona o Mario Pergolini, a los que convierte en personajes familiares. O en los artículos que se revela como un excelente crítico de cine argentino rescatando la figura de Esther Goris en la representación de Eva Perón. Y relacionado con ese tema no se puede dejar de leer la dedicatoria al padre “apasionado antiperonista”, en el artículo “Perón y la historia”. Si le causó gracia la Carta al padre de Kafka que Masotta hizo llegar a su padre, él no dejaría de reírse en la memoria del suyo, de quien dirá que murió consciente de sí.

También se puede leer una aguda descripción de lo que sucedía en aquello que alguno denominó la “Universidad de catacumbas”, aludiendo a la enseñanza extrauniversitaria, conocido como los grupos de estudio particular. Se caracteriza como un sofista que lo sitúa en una posición similar a la que se ubicó su amigo biografiado en su presentación de la Escuela Freudiana de Buenos Aires en París, quien dijo que había practicado en un tiempo la sofistiquería. En el mencionado reportaje de El Ojo Mocho cuenta que él no ha sido afectado por la lectura de Lacan, y que se puso a leer el seminario *La ética* pues había algunas personas que le habían pedido que enseñara Lacan, y como buen sofista “si me piden que enseñe Lacan, enseñe Lacan”. Leamos como describe su enseñanza a un contador, una médica y una abogada: “El mecanismo es muy simple: ellos leen los suplementos culturales de los diarios, y su profesión no los lleva a Lacan, pero son gente con un cierto nivel cultural, con cierta inquietud, entonces leen en los suplementos culturales que hay un tal Lacan, no saben quién es o lo conocen de oídas, y si quieren afrontar la lectura van a encontrar dificultades, entonces, bueno, piden un profesor particular: ‘Enséñame a Lacan, quiero saber algo de Lacan’”. Y allí estaba él, dispuesto a estudiar Lacan para no tener que inventar sobre el pucho y transformarse en el sofista que trabaja a demanda para sobrevivir.

Marcelo Izaguirre